

**D**E ser un partido de la clase obrera, el SPD pasa a convertirse en un partido del pueblo". Programa del SPD, Congreso de Bad Godesberg, 1959. Es una revolución. Una revolución —retorno sobre sí— cuyo objetivo es liquidar oficialmente, pero con galanura y desde dentro, el proyecto revolucionario que a lo largo de más de un siglo venían representando el nombre y el concepto de socialismo. Y lo que antes quería decir ruptura, cambio, transformación del mundo y de la vida, creación no ya de un nuevo modelo económico, sino de un modelo nuevo de civilización, va a significar ahora integración, "negociación", aceptación, domesticación, "reforma". Se trataba, pues, de hacer tabla rasa del contenido original que animaba la idea y el movimiento socialista. De apagar, con la ceniza de la realidad, los últimos rescollos del deseo. Y se trataba, claro está, de tranquilizar, de asegurar: "la libre competencia y la libre iniciativa de los empresarios son elementos importantes de la política socialdemócrata". Porque la ideología que informa ese programa y

el Congreso que la solventa vienen determinadas por las sencillas cuentas —aunque puedan ser las de la lechera— electoralistas. Como sus colegas de Austria y de Suecia, como el Labour Party, el Partido Socialista alemán quiere, también, atraerse a esas buenas gentes, a esas buenas clases medias que, sólo ellas, pueden darle la mayoría o acercarle al poder. Caiga quien caiga. Pero que el fracaso de las elecciones de 1957 no se repita. Pues votos son amores y no revoluciones. Atraerse, por tanto, en primer lugar, a la CDU. Preparar el terreno, por si acaso, para la posible gran coalición con la CDU. Gubiar un ojo a esos demócratas cristianos con los que mañana se puede estar en el Gobierno y, al mismo tiempo, por qué no, abrirles los brazos por si alguno quiere cambiar de opción. Después de todo, son muy parecidas. Pero con la ventaja, para el SPD, de que, siendo muy semejante, es casi mejor: ¿acaso no es mucho más gratificante "respetar la libre competencia y la libre iniciativa de los empresarios" votando socialista que votando CDU?

No cabe la menor duda. Mucho más. Por supuesto, el nuevo modelo que Bad Godesberg sancionaba era tan legítimo, democráticamente hablando, como la antigua ideología revolucionaria que tan elegantemente, y en olor de mayorías, se liquidaba. En cierto sentido, incluso, era más honrado. Pues, en definitiva, lo que allí se fraguó no fue otra cosa que regularizar una situación de hecho y una práctica que se venían arras-

formismo socialdemócrata fue, en principio, la busca del socialismo por otros medios, la actual socialdemocracia implica más bien la perpetuación del sistema en plaza —el superneocapitalismo consensual— por otros medios.

Ahí está la cuestión. También aquí se ha producido una mutación: de vía no revolucionaria a la sociedad socialista, la socialdemocracia ha pasado a convertirse en la más

segura barrera ante una posible revolución social. Una barrera de plumas, que son las más difíciles de saltar. En este sentido, Bad Godesberg, más que creador, fue criatura: una criatura de los grupos dominantes de la sociedad como contención a lo que se les podía venir encima. Por eso, lo malo de la solución socialdemócrata no es que "integre" o deje de integrar. Lo latoso es que no haya conseguido ni parece que vaya a conseguir nunca salvar el puente que separa a los unos de los otros. Y qué a pesar del "bienestar", la "seguridad social" y otros regalos, las doradas políticas reformistas, que no reformadoras, perpetúan con otros modos las distancias



Willy Brandt, artífice del Bad Godesberg, el primero de mayo de 1958, aún alcalde de Berlín Occidental.

## La revolución de Bad Godesberg

FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL

trando desde hacía varias décadas: acoplar una vieja práctica reformista a un nuevo programa socialdemócrata. Ponerse a la altura de los tiempos. ¿Oportunistas los hombres de Bad Godesberg? No más que la propia Historia. Porque desde 1899, año en que el ilustre señor Berstein —moralista también, pero de real envergadura— publicó su "Socialismo teórico y socialdemocracia práctica" hasta 1959, y no digamos después, el reformismo socialdemócrata no ha hecho otra cosa, en el Occidente industrializado, que ganar terreno. Y resulta difícil negar, sin ponerse las empañadas gafas del fanatismo partidista, que todos los intentos de renovación que desde hace medio siglo han venido intentando los grandes partidos de izquierda, en uno u otro modo, a uno u otro nivel, acaban remitiendo a los análisis de Berstein. En este sentido, la historia del movimiento socialista tiene tanto derecho a escribirse como historia del reformismo que como historia de la Revolución. Aunque con una, y seguramente importante, matización: si el re-

—políticas, económicas, culturales— entre los ciudadanos y el poder, entre los asalariados y quienes disponen de sus salarios, entre los dirigentes y los ejecutantes, entre los que mandan y los que obedecen.

Sin embargo, hoy como ayer, aunque la sociedad de clases sea otra y la explotación tienda a ser sustituida por la alienación, ningún Bad Godesberg ha sido capaz de cruzar ese puente y ni siquiera de avanzar por él. El reformismo se ha limitado a sustituir las antiguas clases y sus manifestaciones externas —sociológicas y psicológicas— por otras nuevas y con una nueva fenomenología. Ni más ni menos, por otro lado, que lo que el neocapitalismo liberal y liberalizante ha hecho. Ciertamente, frente a ese modelo no parece que pueda escogerse ningún otro. Y hasta se diría que todo parece ya ser uno y lo mismo. Pero si no se ha sido capaz de inventar nada, que al menos nadie nos intente mañana vender la re-dominación de forma tal, que, además, tengamos que darle las gracias. Demasiado. ■